

# Hasta siempre, Diego Barros Ortiz

En el mausoleo N°2 de la FACH, situado en la calle 2º de Tíkis del Cementerio General, dimos sepultura, el viernes 28 de diciembre, día de los Santos Inocentes, al poeta, periodista, académico y amigo Diego Barros Ortiz (1908-1990). No era Diego Barros, por de pronto, un escritor común y silvestre. Nos llevaba una ventaja. Era general del aire, título —creo yo— que no se extinguiría ni siquiera por mediación de la muerte. De esta forma, no hablaré aquí del “ex” de aquello o de lo otro.

Sin hacer esfuerzos sobrenaturales, nos encontramos de la noche a la mañana con que Diego Barros Ortiz no sólo encarnaba en vida la tradición heroica del hombre sustentada por Kipling; al mismo tiempo, y como contrapartida a tanto destino del destino, debía ocultar discretamente, bajo la máscara de la común sencillez, de la comunicación fructuosa y gozosa, las fuerzas de que lo había armado la providencia.

La tarde de sus funerales, tuvimos ocasión de contrastar de memoria y de viva memoria distintos: el trato cordial y risueño con que se expedia en el recinto de la Academia Chilena de la Lengua, a partir de su arribo a ella por votación amplísima en 1975, y el marco solemne de respeto por los valores de una larga tradición militar prevaliente en la hora de sus exequias. Es cierto que en esta posterior oportunidad Diego Barros Ortiz no estaba ya ahí para darnos como saludo esos regocijados galopecitos en el pecho. Sin embargo, estaba ahí. Todos lo sabíamos. Por algo cuando le llegó el turno de su discurso a Angel Cerviño, autor de la música del himno “Camardines”, esa noble y contoneadora pieza de artillería de la Fuerza Aérea de Chile, pieza con cuya construcción Diego Barros Ortiz —como aviador y como poeta— aportó mucha sangre, que el orden de la letra, la católica parroquia suspendió angustiosamente la vista de la casilla.

Escrivientes, académicos, periodistas (salvando entre estos últimos a los encargados de la información), cero. Biliban por su ausencia. ¿Cómo explicar el carácter de la defecación? Diego Barros Ortiz había prestado visibles y extensas contribuciones al gremio de los escritores. Nunca reparti, para ayudar, en la condición social, el súgan político o la teoría estética del inmenso rostro. En tiempos de grave “cerzarín” político, como el hubiese escrito, si no más lejos, el narrador Manuel Guererro Rodríguez y el poeta Floridor Pérez, amén de la, mismísima Sociedad



Oscar Castro: recordando la presencia del minero en su obra.

de Escritores de Chile en pleno, pudieron dar crédito de la cuantía de sus desvelos. ¿Por qué, aparte de quien apunta estas líneas, no hubo escritores presentes en los funerales de un colega al que las instituciones literarias daban tanto? Acaso por el hecho de ser Diego Barros Ortiz un hombre de armas? Pero si Cervantes fue un hombre de armas. Me explico el detalle de la ausencia por el desconocimiento que el tema de la tradición todavía suscita entre muchos intelectuales. “Todo lo que es tradición es plástico”, escribió Eugenio d’Ors, o *Xenia* o Octavio de Ríos, como se quiera. La vida, que conocemos desde el punto de vista científico, biológico o molecular, no es sino un fabuloso ensayo de tradición del ADN. ¿Por qué, entonces, el empacho en el despectivo y la desconfianza?

Hoy por hoy, digámoselo de viva voz, hay que devolverle la gloria a Kipling. Si bien la política de Kipling es aristocrática y ascética, según observa Mauros, la política de nuestros incomparables aviones parece ser democrática y hasta disolvente llevando el caso. Al frente del Colegio de Periodistas de Chile, lo recordaría muy bien sus colegas de los críticos años 80, empleó a fondo el buen sentido de la tradición para conjurar el peligro de un colapso casi seguro. Y en la Academia Chilena de la Lengua, al junto al profesor Rodolfo Orrego como al lado del doctor

Alejandro Gutiérrez, de monseñor Félix Araneda Bravo o del maestro Roque Esteban Scarpa, su extraordinario y disciplinado afán de servicio, mientras tuvo la compañía de la salud, quedó en alta estima.

Magníficos, emocionantes los homenajes militares con que este hombre tan desmejoró entró en la cripta. La calidad de la ceremonia, la presencia del Ministro de Defensa, la de los jefes de la Fuerza Aérea y de Carabineros de Chile solemnizaron el acto. La tradición conservará el nombre de Diego Barros Ortiz como el del escritor que alcanzó a ser de veras, más allá de los sueños, General del Aire.

## EJ MINERO EN OSCAR CASTRO

Este libro, escrito por René Leiva Berrios, llegó virtualmente cananizado por sus propios pies a mi casa. Vivo más bien lejos. ¿Lejos de quién? Lejos del padrino literario de “El minero ca Oscar Castro”, el novelista Gonzalo Drago. Drago vive en La Reina. Vivo en Las Condes. Una mañana, no hace mucho, hacia que el mediodía, el autor de “Cobre”, que cuenta ya más de ochenta, apareció en la puerta de mi casa. Me sorprendió. Gonzalo Drago es pechón, carece, no por falta de ánimo, del artillaje moderno del automóvil. Por un momento tuve la sensación de verlo caminando, bajo el sol inclemente del verano, desde su casa de La Reina. No pude evitar la pregunta. Era la primera vez:

—Y cómo?

—In locomoción colectiva.

Di un suspiro de alivio.

Invité a Drago a tomar un poco de sombra.

El libro versa, obviamente, sobre asuntos del poeta y novelista rancagüino Oscar Castro. Exhibe un prólogo del estimado dramaturgo chileno Fernando Cuadra. En este prólogo, Cuadra dice que “hay empatía y, sobre todo, amor por la ciudad y su entorno geográfico”. En la obra dedicada por René Leiva Berrios a rescatar la figura del trabajador minero en la biografía de Oscar Castro.

René Leiva Berrios comienza su ensayo de modo peripatético: “Parecería que mis tropas van moviéndose en un acompañado ritmo por las callejuelas del poblado en la proximidad de los años de 1930 y todo se habría conservado de la misma forma en que se grabó permanentemente en mi mente”. Y más adelante: “En reciente relectación, Gonzalo Drago nos señala que Rancagua era una ciudad chata, de pobre edificación, con las ca-



Alejandro Gutiérrez, de monseñor Félix Araneda Bravo o del maestro Roque Esteban Scarpa, su extraordinario y disciplinado afán de servicio, mientras tuvo la compañía de la salud, quedó en alta estima.

Illes Brasil e Independencia abiertas por profundas excavaciones para el alcantarillado y el agua potable. Era un espectáculo lastimoso. El lodo, formado por las lluvias, cubría la calzada y trepaba hasta las aceras salpicando a los desesperados transeúntes.”

En fin, otra novela. O cuando menos otro libro.

El título, lo contrario de un prodigo de fortuna, no dice tanto del libro como lo que el libro dice de Oscar Castro. Los lectores de Oscar Castro, los admiradores del autor de “Llamado de sangre”, tendrán ocasión de verselas con elementos novedosos en su manejo de biografías y bibliografías más o menos rituales del notable poeta rancagüino. Hombre que domina la materia de que habla, René Leiva Berrios, no obstante los notorios errores de impresión del volumen, observa y discurre como el más leal de los observadores. Por ejemplo, en la página 51 da cuenta de esta forma del amor por la libertad que entrañaba la vocación de Oscar Castro: “El alto concepto de la libertad es una característica del poeta. Para él, el hombre desarrolla sus actividades y convive con la naturaleza, pues de otra manera no podría contemplar la belleza que debe rodearlo tal como debió conservarse desde los orígenes de éste (el hombre) en la tierra”.

Se podría, en verdad, pasar todo el tiempo hablando acerca de Oscar Castro, de los minerales que rodean la ciudad de Rancagua y de la ciudad de Rancagua. La obra de René Leiva Berrios invita a una nueva exploración del tema.

● Filebo

# Hasta siempre, Diego Barros Ortiz [artículo] Filebo.

## Libros y documentos

### AUTORÍA

Filebo

### FECHA DE PUBLICACIÓN

1991

### FORMATO

Artículo

**DATOS DE PUBLICACIÓN**

Hasta siempre, Diego Barros Ortiz [artículo] Filebo. retr.

**FUENTE DE INFORMACIÓN**

[Biblioteca Nacional Digital](#)

**INSTITUCIÓN**

[Biblioteca Nacional](#)

**UBICACIÓN**

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile